

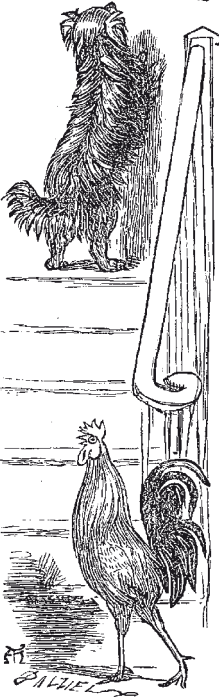
Historia de Flora



—VENID a sentaros a mi lado, queridas niñas, que os voy a contar un cuento. Traed vuestra costura y que Ella se traiga sus lápices y la caja de pinturas, a ver si puede terminar alguno de los muchos dibujos que ha empezado. ¿Qué te ocurre Maude? ¿Pones tan mala cara sólo porque te toca zurcir esa bonita y limpia media de color blanco? Vamos, querida: quita ese mohín y saca la aguja. Esa cara de disgusto supondría un triste comienzo para mi historia. Aunque lo cierto es que, como algunas de vosotras podréis apreciar más adelante, un comienzo tan triste no resultaría totalmente inadecuado para lo que os voy a contar. Pero ahora, silencio. ¡Prestadme atención! Quiero que no levantéis los ojos de vuestra labor y que no me miréis

a mí porque me sentiría muy incómoda. Así pues, empezaré a tejer, y a la vez comenzaré a contaros mi relato:

Cualquiera que hubiera contemplado a Flora el día de su cumpleaños, a las siete y media de aquella mañana, se habría quedado impresionado por una hermosa visión. A pesar de que tan sólo le faltaba un minuto para cumplir los ocho años, aún no se había despertado. Sus mejillas eran sonrosadas y regordetas, su suave cabello estaba completamente alborotado, y sus delgados labios rojos permanecían unidos, como si estuvieran a punto de darle un beso a alguien. Del mismo modo, si hubierais podido contemplar sus ojos, habríais advertido que eran azules y muy dichosos, pero en ese instante permanecían cerrados, sumidos en un largo sueño bajo los gruesos y pequeños párpados. Su perro Meneos estaba despierto y merodeaba por la habitación. Su gato Torpón estaba despierto y merodeaba por la habitación. Los pájaros cantores estaban despiertos y merodeaban por la habitación, si exceptuamos a aquellos que no eran todavía más que minúsculos polluelos, incapaces por tanto de merodear (suponiendo,



claro está, que hubiera polluelos todavía por aquí en una época tan avanzada del verano), en cuyo caso, al menos, permanecerían juntos en el nido, pero ya bien despiertos, con los ojos abiertos de par en par y, la mayor parte de ellos, con los picos también abiertos de par en par, que era lo único que sabían hacer. Tan sólo la somnolienta Flora seguía durmiendo, y soñando, sin que nada perturbara su sueño.

Su madre se inclinó sobre la tierna cama de la niña, y la despertó con un beso: «Buenos días, cariño. Te deseo muchos amaneceres felices», dijo la cariñosa y dulce madre. Y Flora se

despertó con la sensación de hallarse sumergida bajo cientos de rayos de sol, en medio de una inmensa dicha plena de expectativas. Tener ocho años cuando la noche anterior simplemente se tenían siete: eso es la dicha. Esperar los regalos de cumpleaños con la absoluta certeza de que van a llegar, eso es también la dicha. Y no me cabe ninguna duda de que vosotras, mis niñas, pensáis ahora lo mismo, y no seré yo quien diga que está mal pensar así. Sin embargo, desde la triste sabiduría que me da mi mayor experiencia, os digo que para cada una de vosotras llegará el día en que, con toda probabilidad, los rayos de sol, la esperanza, los regalos y la dicha no significarán nada comparados con el inalcanzable tesoro de un beso de vuestra madre.

Los regalos para Flora se extienden a lo largo y ancho de la mesa del desayuno: de parte de su padre, un libro de cuentos repleto de dibujos; de parte de su madre, un estuche de lapiceros. Un alfiletero dorado con forma de erizo de parte de la niñera; una caja de ciruelas confitadas y una muñeca de parte de su hermano Alfred y de su hermana Susan. Para Flora, aquellas ciruelas confitadas resultaban de lo más tentador,

y aquella era la muñeca con el pelo rizado más preciosa del mundo.

Pero una nueva sorpresa estaba aguardándola: «Flora», dijo su madre, cuando por fin el desayuno hubo terminado y se hizo el silencio tras todas las exclamaciones de admiración por los regalos: «Flora, les he pedido a Richard, George, Anne y Emily que pasen el día contigo y con Susan y Alfred. Vas a ser la reina de la fiesta, porque hoy es tu cumpleaños. Y confío en que todos seáis muy buenos y felices juntos.»

Flora quería mucho a su hermano y a su hermana, a su amiga Emily, y a sus primos Richard, George y Anne. Creo que, a pesar de todos sus defectos, estos niños se querían de verdad. Habían jugado muchas veces juntos; y, si fuera posible, seguramente en esta ocasión tan especial jugarían también juntos sin ningún problema. Aunque, en realidad, eso está por ver...

Los primeros en llegar fueron Anne y sus hermanos. Y Emily, tras haber pedido permiso, apareció pronto con una amiguita que estaba pasando las vacaciones con ella y a quien presentó como Serena.

—¡Qué nombre tan extraño, tía!

—Sí, Clara. No se trata de un nombre muy común, pero yo misma conocí en una ocasión a una Serena. Aunque he de decir, con bastante satisfacción, que no se parecía a esta Serena en absoluto.

Emily le regaló a Flora un ramillete de flores de un dulcísimo aroma, y Serena afirmó que Flora era la chica más encantadora que había visto en su vida, exceptuando, claro está, a su queridísima Emily.

«Quiéreme», dijo Serena echando sus brazos sobre su pequeña anfitriona y dándole un beso pegajoso. «Y yo te querré también, y mucho. Todo lo que tú tienes que hacer es permitir que yo te quiera».

Serena exclamó que aquella casa era de lo más elegante y que el césped del parque estaba absolutamente perfecto. Además, estaba asombrada con el hermano y la hermana mayores de Flora debido a lo inteligentísimos que eran los dos... Por el momento, la pequeña y tontita Flora se sentía bastante alta y superior, y se dejó admirar con la mayor gentileza.

Después de que los recién llegados se pusieran cómodos, les quedaba aún media hora hasta

tener que sentarse a comer. Tiempo que iban a dedicar a cultivar su amistad y a enseñarse los regalos. Flora mostró su muñeca y les pasó a sus amigos su caja de ciruelas confitadas. «Has cogido más que yo y eso no me parece justo,» se quejó George a Richard. Pero Richard replicó: «Porque te vi eligiendo las más grandes». «¡Vaya!», gimoteó Anne: «Estoy segura de que no quedaba ninguna de las grandes cuando me tocó a mí». Ante lo cual Emily agregó con una sonrisa de superioridad: «Eso son sólo cuentos, Anne: cogiste la caja antes de que lo hiciéramos Serena y yo, y nosotras no nos quejamos». «Pero si no quedaba ni una», insistió Anne. «Pero si había docenas y docenas», se burló George, imitando su tono de voz. «Lo que ocurre es que eres una niña pequeña muy codiciosa.» «No quedaba ni una», lloriqueó Anne. Y fue entonces cuando Serena comentó con dulzura: «Los ciruelas confitadas estaban absolutamente deliciosas; y ahora admiremos esta preciosa muñeca. ¡Vaya, Flora, ha debido de costar montones de libras!».

La carita de Flora, que poco a poco había empezado a adoptar un aspecto bastante triste,

se iluminó de repente: «No sé lo que habrá costado, pero se llama Flora, y tiene unas botas rojas con suelas. Mira cómo abro y cierro sus ojos, y también puedo hacer que diga mamá. ¿No es una preciosidad?» «Nunca había visto una muñeca ni la mitad de bonita que ésta», respondió Serena de una forma muy refinada. Entonces el grupo se sentó para comer.

¿Aquello sucedió en realidad? ¿O acaso nos hallamos ante una simple ficción? Durante la comida lo único que parecía digno de mención de cada uno de los platos eran sus defectos. La carne estaba muy poco hecha, las patatas requemadas, las habas aguadas, la tarta de mermelada no resultaba lo suficientemente dulce, la fruta estaba dura como una piedra; las tapaderas chocaban ruidosamente unas contra otras, los vasos se tambaleaban, un tenedor o dos cayeron al suelo. ¿Realmente estaba todo tan mal? ¿O, debido al pésimo humor que los niños tenían aquel día, le habrían encontrado fallos incluso a las fresas más deliciosas y a la nata más succulenta?

—¿Estaban tan mal todos los platos, tía?

—Imagino que no, Ella. Al menos no más de lo que suelen estar las cosas en este mun-

do, sin por ello tener que llevar a los demás al límite de su paciencia. Pero escuchad lo que sucedió después:

Por muy penoso que me resulte, he de decir que lo que vino después fue nada menos que una auténtica pelea. No había pasado más de una hora después de la comida, cuando todos decidieron jugar a la gallinita ciega en el jardín. Lo cierto es que al principio todo empezó bien y todo parecía presagiar un feliz desenlace. ¿Por qué no podía salir todo bien? ¿Por qué? Estoy segura de que, en ocasiones anteriores, en este juego ya había habido pisotones, ya se habían dado tirones de pelo y ya les habían propinado empujones a los niños más pequeños. Flora se cayó al suelo y acusó a Alfred de haberle puesto la zancadilla. Richard empezó a berrear diciendo que George se había escapado después de que él le hubiera cogido. Cuando Anne se vio atrapada, murmuró que Susan veía aunque llevara los ojos vendados. Susan entonces la soltó y dejó que se marchara. Alfred cogió a su hermana pequeña. George se ofreció voluntario para hacer de gallinita ciega en lugar de Susan. Pero todos los demás siguieron poniendo mala

cara, haciendo pucheros y quejándose sin cesar, arrojando la manzana de la discordia de un lado para otro, como si se tratara de un bonito juguete.

—¿La manzana de qué, tía?

—La Manzana de la Discordia, Clara, que es una manzana muy famosa. Tus hermanos lo sabrán todo sobre ella, y es a ellos a quienes les puedes pedir algún día que te cuenten lo que saben. Ahora prosigo con mi historia:

¿A vosotras no os gustaría poder jugar al escondite en un jardín lleno de lugares espléndidos para ocultarse y de todo tipo de alegres flores a las que echar un vistazo mientras estáis buscando? Os aseguro que a mí me habría gustado ese juego hace cuarenta años. Pero estos niños, en este día en concreto, no parecían muy dispuestos a mostrar ningún interés por tal diversión. Ya lo creo que no. Serena adujo que le daba miedo buscar por el oscuro sendero de los tejos, a no ser que Alfred fuera con ella. Pero en ese preciso instante él estaba aupando a Flora para que ésta pudiera mirar en el interior de un árbol hueco, donde resultaba bastante obvio que Susan no podía haberse escondido.



La Manzana de la Discordia.

«¡Es mi cumpleaños!», gritaba Flora. «¡Es mi cumpleaños!». George y Richard se empujaron con fuerza hasta que uno de ellos resbaló en el camino de grava y se llenó las manos de rasguños. Entonces se enfadaron los dos y dejaron de jugar. Por fin, en el colmo de la desesperación, Susan salió de su escondite tras el cenador, e incluso entonces continuó haciendo lo posible para agradar a todo el mundo, ya que traía en las manos una cesta llena de moras maduras que había recogido de entre la hierba mientras estaba escondida.

Más tarde todos empezaron a echar carreras por los prados suavemente ondulados, hasta que Anne se cayó y empezó a llorar, aunque la verdad es que no se había hecho nada. Entonces Flora, que estaba ganando a Anne en la carrera, sintió que aquello era muy injusto, así que se sentó y se enfurruñó. Emily sonrió, pero no de muy buena gana. George y Richard se llevaron los dedos a los ojos y empezaron a hacerles burla a las dos niñas que seguían enfadadas. Serena, mientras tanto, se abanicaba, y Alfred observaba a Susan, y Susan observaba a Alfred, ambos a punto de estallar.

Y aún quedaba una hora antes de tomar el té. ¿Terminaría aquella hora alguna vez? Con dos niñitas resentidas y dos chicos revoltosos en escena, el panorama no resultaba muy alentador. Por fin, Susan tomó de la mano a Flora, que seguía haciendo pucheros, y a la llorosa Anne, y a la fuerza las llevó a dar un paseo por los jardines. Mientras, Alfred conseguía arrastrar a Richard y a George detrás de las niñas, y Emily y Serena, tomadas del brazo, se pusieron a andar a su lado.

La tarde era soleada y umbría, fresca y cálida: todo a la vez. Se oía el zumbido de las abejas que estaban recolectando polen, como debe hacer cualquier abeja sensata entre tantas flores. Las ramas más frondosas danzaban al ritmo de sus bailarinas sombras; las campanulas sonaban sin badajos.

—¿De verdad, tía?

—Bueno, no exactamente, Maude. ¡Pero nos estamos aproximando a acontecimientos mucho más maravillosos!

De vez en cuando una paloma arrullaba suaves notas de cantimplora; y a mucha distancia balaban unas ovejas.

Susan soltó las pequeñas y calientes manos que había estado sujetando hasta ese instante, y, mientras avanzaba, empezó a contar una historia a la que pronto todos los demás empezaron a prestar atención. Todos, excepto Flora.

Pobrecita Flora. ¿Era éste el final de su cumpleaños? ¿Había cumplido por fin ocho años tan sólo para esto? Sus ciruelas confitadas habían desaparecido casi por completo, y a nadie parecía importarle. Su tarta favorita no había resultado muy sabrosa. Y ella misma se sentía tan enojada y tan desdichada... ¿Realmente merecía la pena cumplir ocho años y dar una fiesta de cumpleaños para terminar así?

«Así que la rana no sabía cómo poner a hervir el agua para el té. Pero tan sólo contestó: No soporto el agua caliente...» Susan seguía contando su historia, pero Flora no se sentía con ánimos para escucharla o para preocuparse por la rana. Se fue demorando y, sin que nadie advirtiera nada, se quedó atrás. Siguió avanzando muy lenta y tristemente. Sola.

Al final del sendero se dio la vuelta, y observó que, a medida que iba abandonando la luminosidad del sol para sumergirse entre las sombras,

aquel lugar iba adquiriendo un aspecto muy lúgubre. Había exactamente veinte tejos a cada lado del sendero, tal y como ella misma había comprobado una y otra vez hacía muchos años, cuando estaba aprendiendo a contar. Pero ahora, a su derecha, había veintiuno, y resultaba difícil distinguir si aquel último árbol era realmente un tejo o no. Lo cierto era que, de serlo, se trataba de un tejo muy extraño, ya que una lámpara había crecido en su rama más elevada. El sendero de los tejos jamás había llevado antes hasta una puerta, pero ahora, al final del todo, había una puerta con una campana y una aldaba, con un «Toquen También la Campana» impreso en letras negras sobre una placa de cobre. Todo tan nítido como era posible a la luz de aquella lámpara.

Flora extendió la mano, golpeó la puerta con la aldaba y tocó también la campana.

Se sorprendió enormemente al ver que la aldaba le daba la mano cortésmente, y se sorprendió aún más al comprobar que, acto seguido, el tirador de la campana se retorció para abrir la puerta. «Vaya», pensó ella. «¿Por qué no se abrirá la puerta sola sin tener que molestar a la campana?» Pero tan sólo dijo: «Gracias». Y entró.

La puerta daba paso a una sala enorme, amueblada elegantemente. Todas las sillas estaban acolchadas, y parecía que habían dispuesto sus brazos y ajustado sus respaldos para hacer que todos los que se sentaran en ellas se sintieran más a gusto. Todos los sofás ordenaban y reordenaban una y otra vez sus almohadones, según fuera necesario, para resultar más cómodos. Los taburetes se deslizaban de un lado a otro, y se elevaban o se hundían para adecuarse a la longitud de cada pierna. Las mesas no eran menos complacientes que sus compañeros, y corrían sobre unas ruedecillas silenciosas aquí y allá siempre que se las necesitaba. Las bandejas para el té, completamente dispuestas, los platitos de fresas, los jarros de crema, y los platos de pastel, entraban flotando, se situaban en los lugares apropiados, y volvían a salir flotando otra vez, ahora vacíos, con un tacto y un buen gusto considerables: iban y venían a través de un hueco cuadrado que se abría en la parte más alta de una pared, más allá de la cual supongo que quedaría la cocina.

Dos armonios, un acordeón, un par de timbales, y un repique de campanas tocaban



La aldaba le da la mano cortésmente a Flora.

piezas concertadas detrás de una pantalla, pero guardaban silencio durante las conversaciones. Las fotografías y los cuadros se trasladaban por las paredes de la sala, para quedarse inmóviles si alguien los contemplaba. Cuando el espectador terminaba de admirarlos, continuaban su camino. Si era necesario, los muebles se aplanaban contra la pared, y despejaban el piso para que allí pudiera celebrarse un juego, o me atrevería a decir que incluso para poder bailar. Algunos de estos notables detalles impresionaron a Flora a los pocos instantes de haber llegado, pero otros se le fueron haciendo más evidentes con el tiempo. La única cuestión algo incómoda en el cuarto, es decir, en cuanto a los muebles se refiere, era que el techo y las paredes estaban forrados de espejos, pero en un principio esto no le pareció a Flora un inconveniente. De hecho, pensó que se trataba de algo bastante encantador, y se echó una larga ojeada a sí misma, de pies a cabeza.

—Jane y Laura, no olvidéis los pañuelos a los que debéis hacer un dobladillo. Mirad lo mucho que está trabajando Ella en sus hojas de helecho, y los enormes esfuerzos que está poniendo en

dibujarlas bien. Sí, Maude, ese zurcido está perfecto. Ya has terminado tu labor, pero yo en tu lugar ayudaría a Clara a terminar la suya.

La habitación estaba llena de chicos y chicas, algunos mayores y otros más jóvenes; grandes y pequeños. Todos sentados tomando el té en montones de mesas diferentes. Media docena de niños sentados juntos por aquí. Más niños, o tal vez menos, por allí. Por allá un niño presidiendo a solas una mesa que era del tamaño justo para que pudiera sentarse cómodamente una sola persona. Debo decir además que las mesas parecían tener el mismo mecanismo que los telescopios, sólo que estas mesas se extendían y se contraían por sí mismas, sin necesidad de piezas adicionales. Y parecían buscar la comodidad de todo el mundo.

De repente, todos los chicos y todas las chicas se quedaron mirando a Flora fijamente, y así continuaron durante un buen rato. Ninguno de ellos le ofreció una silla o una taza de té o cualquier otra cosa, y Flora fue poniéndose más y más roja y fue sintiéndose más y más incómoda, al saberse bajo la mirada de tantos pares de ojos clavados en ella. Una silla se tomó la

molestia de intentar aliviar la enorme vergüenza que estaba pasando y, presionando suavemente, se situó tras ella, hasta que finalmente Flora se sentó. Entonces la silla abombó hacia fuera su propio respaldo para amoldarse a su espalda, con el propósito de que se sintiera más cómoda, y retrajo sus brazos para ajustarse a su pequeño



tamaño. Un taburete se hizo un poco más alto bajo sus pies. Una mesa se apresuró con una taza de té. Una jarra con nata se vertió sobre un platito lleno de fresas, y después se enderezó otra vez... La cantidad exacta de azúcar tamizada se espolvoreó sola sobre todo el conjunto.

—Pero, ¿cómo pudo espolvorearse sola?

—Verás, Jane: supongamos que comenzó a manar de su tazón de porcelana como si se tratara de una fuente, y que luego se desbordó tan sólo por un lado, que, por supuesto, fuera el derecho o el izquierdo, sería el lado correcto.

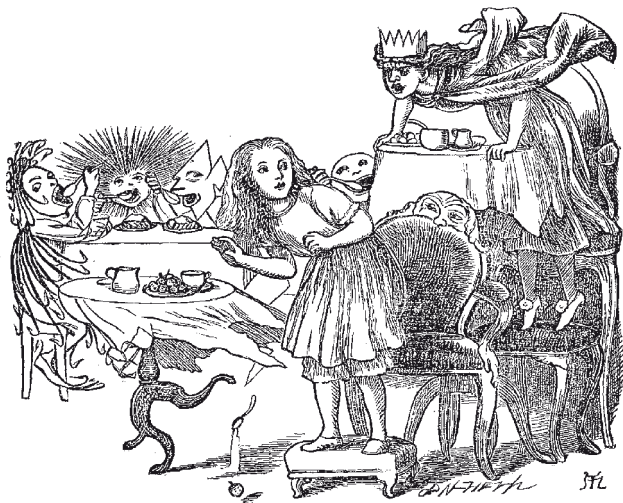
Flora no podía dejar de pensar que resultaba muy antipático y de mal gusto el que todos siguieran mirándola fijamente sin decir nada, y empezó a experimentar una gran timidez al tener que comer bajo la mirada de tantos ojos puestos sobre ella. Pero tenía calor y estaba sedienta, y la comida tenía un aspecto de lo más tentador. Así que tomó con una cuchara una fresa grande, muy grande, con un montón de nata encima. Pero justo estaba llevándosela a los labios, cuando una voz enojada le advirtió: «¡No lo hagas...! ¡Son más!». La cuchara se le cayó de la asustada mano, aunque sin hacer ningún ruido, y Flora miró a su alrededor en busca de la persona que le había hablado.

—¿Quién era? ¿Un chico o una chica?

—Escucha, y lo sabrás, Laura.

La persona que había hablado era una chica sentada en un trono que se hallaba situado a una altura extraordinaria. Bajo sus pies tenía

colocado un taburete alto como una otomana, y delante una mesa tan alta como una cómoda. Como estoy segura de que todos los muebles se disponían de la manera más adecuada para resultar complacientes, supongo que a ella le gustaba estar así, puesto que era así como ella



estaba. Llevaba una pequeña corona de fantasía sobre el cabello, su cara estaba roja, y tenía el ceño fruncido. Quizá en otras ocasiones pudiera parecer una chica guapa y amable, pero en ese instante estaba francamente fea. «No loagas. ¡Son mías!», recalcó con una voz

desagradable y quejicosa: «Es mi cumpleaños, y todo es mío».

Flora estaba demasiado bien educada como para comerse unas fresas que no le hubieran sido ofrecidas. Tampoco podía, después de lo sucedido, tomar una taza de té sin permiso. Supongo que para no atormentarla, la mesa se alejó llevándose consigo toda aquella deliciosa carga que Flora ni había probado. Mientras, el sillón le daba un muy afectuoso abrazo como si quisiera consolarla.

¡Si al menos pudiera descubrir dónde estaba la puerta! Flora habría huido por ella para regresar de nuevo al sombrío paseo de los tejos. Allí podría dejarse llevar por la melancolía a solas, lo que era mucho mejor que permanecer en un lugar en el que no era bienvenida. Pero o bien la puerta había desaparecido o bien la habían cerrado y se había perdido entre la multitud de espejos. Os aseguro que la Reina del cumpleaños, reflejada una y otra vez en quinientos espejos, tenía un aspecto realmente espeluznante. Y me apena tener que decir que, durante un instante, también la cara de Flora, multiplicada cincuenta millones de veces, aparecía enrojecida

y enfadada. Aunque, tras un esfuerzo, lo cierto es que pronto consiguió sonreír como si estuviera de buen humor, a pesar de que no podía sentirse muy feliz.

—Pero tía, ¿cómo podía tener cincuenta millones de caras? No lo entiendo.

—Porque con tal cantidad de espejos no hay tan sólo reflejos comunes, sino reflejos de reflejos, y reflejos de reflejos de reflejos, y así sucesivamente y sin cesar, una y otra vez, Maude. ¿Lo entiendes?

Por fin terminó la comida. Casi todos los niños se habían atiborrado con una glotonería enorme, de una manera indecentemente codiciosa. Tan sólo la pobre Flora no había probado un solo bocado. Entonces, tras una palabra y, según creo, una patada de la Reina, su altísimo taburete salió disparado hacia un rincón. Y todos los muebles, captando la indirecta, se aplanaron tanto como les fue posible por la habitación, muy cerca de las paredes.

—¿Y no salieron por la puerta?

—Vaya. Sí. Supongo que también pudieron hacer eso, Jane. Un mobiliario tan activo y voluntarioso nunca se quedaría en medio.

—¿Y la esquina de chimenea?

—No. Creo que no. Sabemos que aquella tarde hacía calor y, además, habría una sala distinta para estar durante el invierno. De todos modos, como todo esto es figurado, yo soy quien dice que no. ¡Prestadme atención!

Todos los niños se reunieron en el centro de la habitación, que se había quedado vacía, para decidir a qué iban a jugar mientras se daban codazos y empujones unos a otros. Flora, que estaba en medio de todos ellos, recibiendo sus codazos y empujones, se sorprendió bastante al advertir muchos puntos de semejanza entre los niños. ¿Era algo natural en ellos o se debía a la ropa que llevaban? Aunque, por otro lado, ¿quién se pondría aquella ropa, habiendo en el mundo tantos trajes distintos que ponerse? Un chico tenía la piel encrespada con unas púas punzantes como las de un puercoespín, y las elevaba o las bajaba a su antojo, aunque lo habitual era que las mantuviera apuntando hacia fuera. Otro, en lugar de ser redondeado como la mayoría de la gente, poseía distintas facetas con unas aristas muy afiladas. Un tercero atrapaba todo lo que se encontraba a su paso ya que todo su cuerpo

estaba provisto de ganchos como anzuelos. Una niña segregaba un fluido pegajoso que le salía por los dedos. Otra, bastante más pequeña, era viscosa y utilizaba las manos para deslizarse de un sitio a otro. Unas características tan excepcionales sólo podían resultarles incómodas, está claro, aunque tal vez la paciencia y el autodomínio hubieran podido ayudar a que las cosas se mantuvieran controladas y tranquilas. Pero estos infelices niños parecían no conocer el significado de la palabra autodomínio. Y en lo que se refiere a la paciencia, me podrían haber dicho casi las mismas palabras de aquel hombre célebre: «Señora, desconozco el significado de la palabra paciencia».

—¿Quién era ese hombre tan famoso, tía?

—Vamos, Clara. ¡Eres una niña inglesa y no conoces a lord Nelson! Bueno. Prosigo:

«Queremos que nos propongas un juego nuevo», gruñó Ganchos con voz amenazadora, enganchándose en el pelo de Flora, y pegando luego fuertes tirones de él para poder soltarse.

A Flora no le gustaba nada que le hablaran en ese tono, y, además, los tirones de los ganchos estaban haciéndole mucho daño. No obstante,



Flora y los niños en la habitación encantada.

y aunque no pudiera pensar en nada nuevo, intentó esforzarse y se atrevió a sugerir, con una tímida vocecilla, que jugaran a Les Gracias¹.

«Ése es un juego de niñas», dijo Ganchos despectivamente.

«Pues es tan divertido como cualquier juego de niños», replicó Pegajosa.

«No me interesan en absoluto vuestros juegos de niñas», refunfuñó Ganchos, que intentó chasquear los dedos pero que sólo logró enredar dos de sus anzuelos, por lo que empezó a patear el suelo, enojado.

«¡Pobrecito!», dijo Limo con voz cansina, fingiendo sentir cierta compasión.

«Es igual de divertido», insistió, machacona, Pegajosa: «Tanto, o incluso más».

Ángulos alcanzó a Limo, y habría empezado a zarandearla si ella no le se hubiera escurrido antes, con todo recato, de los dedos.

1. Juego de aros muy popular durante todo el siglo XIX. Las jugadoras se lanzaban unas a otras un aro que debían recoger con dos palos alargados y muy finos. Se consideraba muy apropiado para las niñas, y los niños podían jugar también pero sin tomárselo en serio, como una broma. (N. de la T.)

«Piensa en algo diferente, y que sea algo nuevo», bostezó Púas, con las púas extendidas y completamente dispuestas a dejarse asombrar.

«De verdad que no conozco ningún juego nuevo», respondió Flora casi llorando. E iba a agregar: «pero jugaré con vosotros a cualquier cosa que os guste, si me enseñáis», cuando todos los demás estallaron a la vez en un grito de «¡Llorona! ¡Llorona!». Se pusieron a chillar, a dar alaridos, a cantar... La señalaban con el dedo, hacían muecas, negaban con la cabeza... Lo increíble era que ella no se echara a llorar en el acto.

Finalmente la Reina intervino: «Dejadla en paz. ¿Puedo saber por qué le prestáis a ella tanta atención? Es mi cumpleaños, y jugaremos a La Caza del Alfiletero».

Así que jugarían todos a La Caza del Alfiletero. Se trata de un juego sencillo que exige tan sólo una moderada cantidad de destreza: se selecciona a la jugadora más pequeña y más débil (si es posible, que sea gorda; y si tiene joroba es lo mejor del mundo), se la persigue por la habitación y de vez en cuando se le da alcance para clavarle alfileres por todas partes. Se repite esta pauta hasta que se decide atraparla y darle unas

cuantas vueltas, con lo cual concluye el juego. Los pequeños cortes, los alaridos, y los respingos repentinos son la verdadera gracia de La Caza.

—Pero, tía, ¡qué juego tan horrible! ¡No es posible que tal juego exista!

—Claro que no, Ella. Aunque lo cierto es que yo misma he visto juegos muy violentos y crueles, si es que a esas cosas se le puede llamar juego.

—¿Y consiguieron encontrar a una pobre niña con joroba?

—No, Laura. Esta vez no, ya que...

El Alfiletero iba a ser la pequeña Flora. ¡Cómo se retorció y se agachaba y daba bruscos giros a uno y otro lado, en un inútil esfuerzo por zafarse de sus torturadores! Púas no necesitaba alfileres, ya que se echaba sobre ella con cada una de sus púas extendidas. Pero Ángulos, cuyas aristas casi la cortaban, Ganchos, que se enganchara en su vestido y lo rajaba al tirar de él, Limo, que resbalaba contra ella y la pasaba de largo, Pegajosa, que le embadurnaba el cuello y los regordetes brazos desnudos, la ceñuda Reina, y todo el resto de aquel carcajeante grupo que se metía con ella sin dejar de darse más y más empujones, todos blandían los alfileres más largos

y más afilados, y todos, por turnos, fueron dándole alcance. Finalmente la Reina la atrapó, le dio la vuelta bruscamente, y, de repente, volvió a soltarla, con lo que Flora perdió el equilibrio y terminó por caerse al suelo. Pero, por lo menos, el juego parecía haber concluido.

¿Creéis que se hizo daño al caer? En absoluto, ya que la alfombra se hundió bajo su peso a una profundidad tal que Flora pudo sumirse con ligereza en un montón de terciopelo.

De hecho, me siento inclinada a creer que en aquel terrible juego de La Caza del Alfiletero, Flora salió mejor parada que sus perseguidores, quienes, en medio del caos y de la aglomeración, empezaron a desafiarse unos a otros y llegaron a enloquecer haciendo un uso desmedido de sus afilados ángulos, de sus púas puntiagudas, de sus ganchos, sus pegamentos, sus limos y no sabría enumerar cuántas cosas más. Quizá os parezca que el limo no puede resultarle demasiado problemático a su propietaria, pero lo cierto es que si una persona fangosa no puede ser atrapada, tampoco ella puede atrapar a nadie con firmeza. En cuanto a Ganchos y a Pegajosa, lo habitual era que, al tirar para poder soltarse

ellos mismos, se hicieran más daño del que realmente infligían. Ángulos se cortó muchas veces sus propios dedos con sus bordes. Y no envidio al ser cuyas agudas púas son lo bastante flexibles como para doblarse de punta hacia dentro en el fragor de una pelea o entre mucha gente. Quizá podamos admitir que la Reina quedaba exenta de causarse a sí misma semejantes lesiones. Pero, como ya sabéis, ¿se trataba de su cumpleaños! Y, por tanto, debió de sufrir mucho a causa de las excentricidades de sus súbditos.

El siguiente juego iba a ser el de la Auto Ayuda. Esta vez no se iba a permitir ninguna clase de ayuda externa. Cada uno de los chicos dependía exclusivamente de sus propios recursos. Por lo tanto, los alfileres estaban prohibidos. Pero cualquier don natural, como podía ser, por ejemplo, una púa o un anzuelo, podía utilizarse al máximo.

—No estés tan impresionada, querida Ella, por mis palabras. Recuerda que esta fiesta de cumpleaños se está celebrando en la Tierra de Ninguna Parte. Aunque, ¿quién sabe si algo no muy distinto a todo esto no estará teniendo lugar también en la Tierra de Alguna Parte? Mirad lo que sucede en nuestro propio país, niñas.

Los chicos eran los jugadores, y las niñas eran «las jugadas» (si se me permite una expresión semejante). Todas excepto la Reina que, precisamente por ser la Reina, podía limitarse a observar y a propinar un cachete o un sopapo de vez en cuando a todo aquel que se le pusiera a mano. Ganchos, como Mozo de Carga, destacaba en este deporte, y arrastraba con él un a montón de prisioneras enganchadas, que luchaban en vano por zafarse. Ángulos, como Planchador, plegaba o les hacía la raya a varias niñas gracias a una presión sostenida. Púas, como Cincelador, podía hacer poco más que agujinear y arañar con ciertos resultados. Flora, que fue a caer cerca de Ángulos, vio cómo éste planchaba y trenzaba su ya rasgado vestido, siguiendo los mandatos de lo que parecía ser una moda bastante novedosa. Pero, en cualquier caso, todo esto era preferible a su experiencia como Alfiletero, y decidió tomárselo con filosofía.

Pero ni siquiera los chicos, por no hablar ya de las chicas, se lo pasaron muy bien jugando a la Auto Ayuda. Lo que podría haber sido un gran disfrute quedó muy mermado a causa de sus frecuentes discusiones y de algunos porrazos. La

Reina, como correspondía a su elevada posición, pudo gozar, quizá, de un mayor regocijo. Pero, incluso de haber sido así, lo cierto es que, tanto en el regodeo como en la dignidad, se hallaba completamente sola. Y, en cualquier caso, a largo plazo, hasta el placer aburre.

La Reina bostezó con un ruidoso y enorme bostezo, y como todos los demás bostezaron por solidaridad con ella, el juego se acabó.

Una mesa para la cena avanzaba ahora desde la pared hacia el centro de la habitación, y los sillones se reunieron a su alrededor en número suficiente para acoger a todos los invitados a la fiesta. A través de la abertura cuadrada —y no ¡desgraciadamente! a través de la puerta que recordaba la pobre Flora—, entraron flotando el número necesario de platos, vasos, cuchillos, tenedores, y cucharas; y tantos platos y jarras llenos de cosas agradables como no había visto en toda mi vida, y no creo que ninguna de vosotras lo haya visto nunca tampoco.

—¿Cuántos niños había para la cena?

—Bueno, no tengo ni la menor idea, Laura. Pero eran muchos. Digamos, por ejemplo, cien mil.

Esta vez Flora no iba a coger ni un tenedor sin permiso. Por lo que, como la Reina no le prestaba la más mínima atención, se vio obligada a observar con ojos hambrientos cómo los demás se daban un banquete, y cómo todo tipo de exquisitos bocados se situaban delante de ella para retirarse a continuación sin haber sido siquiera probados. Pavo frío, ensalada de langosta, champiñones estofados, tarta de frambuesa, queso cremoso, champán de una cosecha extraordinaria, merengue, helado de fresa, piñas con azúcar, algunas ciruelas... Ya podría haber sido suficiente para ella el no sentirse con libertad para comer nada de todo aquello. Pero, además, resultaba angustioso tener que ver tantas delicias ir y venir sin poder probar siquiera un bocado, y contemplar cómo todos sus compañeros se atiborraban sin límite. Algunos chicos parecían considerar que no suponía nada extraordinario comerse un pavo entero de una sentada, como si tal cosa. Y, por lo que Flora pudo contar, la Reina se comió ella solita, por hablar tan sólo de los dulces, más de un litro de helado de fresa, tres piñas, dos melones, una veintena de merengues y cerca de cuatro docenas de ramitas de angélica confitada.

Después de cenar no fue necesario que los muebles se retiraran, ya que todos los invitados salieron en tropel por una puerta (que seguía sin ser la puerta de Flora), que daba a un amplio campo de juegos. No puedo decirlos a qué juegos solían entregarse habitualmente, pero en esta ocasión se daba la peculiaridad de que había un gran número de ladrillos por todas partes, mezclados con muchas pilas ordenadas de piedras, por lo que los niños empezaron a construir casas. Sólo que, en vez de construir desde el exterior, como suele hacer la mayoría de los albañiles, ellos construían desde dentro, poniendo un cuidado mayúsculo en tener a mano muchos ladrillos, así como buenos montones de piedras. Y así fueron encerrándose —un niño con un montón de piedras en el interior de cada casa—, mientras seguían construyendo.

—¿También tenían cristales para las ventanas?

—No, Jane. Y pronto verás por qué no los necesitaban.

Os he dicho que el material de construcción eran ladrillos, pero si hablamos con propiedad, lo cierto es que no había ningún ladrillo en el

campo de juegos. En su lugar, tan sólo había pedazos de cristal con forma de ladrillo. Cada una de estas piezas tenía los lados brillantemente pulidos mientras que los bordes, que era por donde se iban a manipular y a ensamblar, estaban redondeados y, por lo tanto, parecían poseer cierta firmeza. Había ladrillos (por llamarlos de alguna manera) de todos los colores y de diversas formas y tamaños. Algunos eran extravagantes ladrillos fabricados al aire libre, algunos habían sido esculpidos siguiendo patrones corrientes, otros estaban cortados en facetas o soplados en burbujas. Una sola casa podía lucir todos sus bloques de un modo uniforme, o de veinte maneras distintas.

Con todo, y a pesar de esta enorme variedad, cada casa mantenía una marcada semejanza con la del vecino. Los colores variaban, pero la forma de todas las casas era la misma: cuatro paredes sin tejado y sin plantas superiores. Todas tenían esta misma estructura y, por tanto, no necesitaban ni ventanas ni escaleras.

Les llevó mucho tiempo realizar todas estas construcciones, y poco a poco fue produciéndose un efecto muy alegre. Efecto que se debía

no sólo al hecho de que los bloques de cristal tuvieran unos matices muy bonitos —por lo que unas casas brillaban como moles de rubí y otras resplandecían como enormes crisolitas o zafiros, mientras que otras mostraban de nuevo la blancura y el ardiente relampagueo de cientos de ópalos o irradiaban una luz tenue como el fel-despato—, sino también a que el patio de juegos estaba iluminado, desde arriba, desde abajo y por todos lados, con lámparas de colores. Imaginaos unas titilantes lámparas doradas como estrellas allí arriba, en lo alto, unas titilantes lámparas azuladas como luciérnagas más abajo, casi en el suelo; lámparas como melocotones, manzanas, albaricoques o ciruelas centelleantes, brillando por todos lados con la profusión de la huerta más fértil. ¿No nos habría gustado a todas estar allí, con Flora, aunque nos hubiéramos tenido que quedar sin cenar?

Pero no... Con Flora no. Ya que, para su más completa consternación, descubrió que la estaban encerrando en una de aquellas edificaciones... ¡junto a la Reina! A ella nadie le había dicho que pudiera ponerse a construir algo, pero, gradualmente, las paredes habían ido elevándose

más y más en torno a ella, hasta que llegaron a situarse por encima de su cabeza. Y, puesto que todos los materiales eran muy resbaladizos a causa de lo muy pulidos que estaban, no había ninguna esperanza de poder trepar a gatas por allí hasta encontrar el camino de regreso a su casa, si es que aún existía tal camino en algún lugar. Sintió cómo se le encogía el corazón, y se dio cuenta de que apenas era capaz de mantener la cabeza erguida. Para colmo, resultaba obvio que en una casa de cristal en la que no había ni rastro de armarios, tampoco habría ninguna despensa, y Flora empezaba a sentirse enferma a causa del hambre y de la sed. Comenzaba a vislumbrar con desesperación un mañana en el que tampoco podría desayunar.

Supongo que habían analizado la acústica con la mayor precisión.

—Pero, tía, ¿qué es la acústica?

—La ciencia de los sonidos, Maude. Ahora reza y ejercita tus facultades acústicas.

Como digo, a la hora de emplazar aquel patio en concreto, supongo que analizarían su acústica con la mayor exactitud, y con un objetivo bastante práctico. Siempre, claro está, que el propósito

que se tuviera en mente fuera el de oír en cualquier lugar, y con la mayor nitidez, toda frase que se pudiera pronunciar dentro de sus límites. En cualquier caso, ése era el resultado final.

Cuando por fin terminaron de edificar sus residencias, una vez concluida su tremenda labor, los jóvenes arquitectos encontraron tiempo para contemplar lo que tenían a su alrededor y para intercambiar elogios:

«¡Mirad!», gritó primero Ángulos, exultante, señalando con el dedo: «Mirad a Púas. ¡Está tan rojo como el fuego! Y el rojo no le favorece en absoluto... La casa de Púas tendría mucho mejor aspecto sin Púas».

«Hablando de favorecer», se echó a reír Púas lleno de furia: «Ángulos... Tienes el color exacto de una grosella amarga, y estás mucho más espantoso de lo que te habíamos visto hasta ahora. Míralo, Pegajosa, mientras puedas...», dijo al darse cuenta de que Ángulos estaba empezando a darle la verde espalda a su interlocutor.

Pero Pegajosa —¡no os extrañará saber que todos los bloques que ella había tocado se hallaban perfectamente unidos!—, Pegajosa estaba demasiado ocupada, y no podía dedicarse a mirar a su

alrededor. Se hallaba completamente absorta en la tarea de hacerle muecas a Limo, quien ensayaba una nueva mueca ante cada una de las suyas. La casa de Pegajosa era azul y le daba a Pegajosa un aspecto macilento. La casa de Limo —que era terriblemente inestable y podía derrumbarse en cualquier instante, sin previo aviso, hasta quedar reducida a un montón de escombros—, la casa de Limo, digo, era ambarina, y le hacía parecer enferma de ictericia. Virtudes éstas que ninguna de las dos beligerantes podía desaprovechar, con lo que ambas iban poniéndose cada vez más frenéticas ante sus mutuos comentarios. Habían dejado atrás ya un buen surtido de mofas, y ahora no hacían más que chillar, repetidamente, lo mismo una y otra vez:

Limo: «Eres una niñita mona».

Y Pegajosa (¡incauta Pegajosa!): «¡Y tú otra!»

Los gritos de las peleas se propagaban por todo el patio. La única boca que guardaba silencio era la de Flora.

De repente, Ganchos, que había esculpido su casa frente al burbujeante palacio de la Reina (ambos edificios eran de un color amarillista pálido, un color que tendía al tono de la

tez), reparó en la actitud de su rubia vecina y, aplaudiendo con las manos, explotó en una risa terriblemente ofensiva.

«¡Y tú otra!» chilló la Reina (todas las chicas parecían estar igualmente necesitadas del don de la imaginación). Lo que decía no era demasiado grave. Pero, mientras hablaba, se agachó para coger, y ondear, y lanzar... La primera piedra.

«No. No. No...», sollozó Flora aferrándose, en un ataque de terror y con todo su peso, al brazo real.

Esa primera piedra fue el primer granizo de toda la tormenta que vendría a continuación. Pronto comenzaron a volar piedras en todas direcciones y a todas las alturas posibles. Incluso la misma atmósfera pareció quedarse petrificada. Las piedras chocaban entre sí ruidosamente, los cristales comenzaron a temblar, por todos lados retumbaban quejidos y gemidos... Aquello parecía una contienda entre gigantes. Y ¿quién podría superar a cada uno de aquellos competitivos guerreros, y terminar siendo el campeón en un batallón de gigantes?

¡La Reina! Cualquier piedra que, hasta el momento, hubiera pasado silbando por el aire

iba a ser un mero guijarro o una pequeña chinita comparada con la enorme losa que ahora estaba levantando ella...

La mantuvo en equilibrio...

Y se preparó para lanzar.

«No... No... ¡No!», gritó Flora de nuevo, casi atragantándose con sus propios sollozos. Pero todo era inútil. La voluminosa piedra avanzó dando vueltas y, en su trayectoria destinada a machacar a Ganchos, abrió una salida a través de la pared del palacio. Medio loca de terror, Flora se lanzó tras la piedra a través de aquel boquete recién abierto...

Y en un segundo la escena había cambiado. Se vio abrazada por la ausencia de voces humanas y por el agradable frescor que precede al cercano crepúsculo. Muy en lo alto, una flota de nubes de aspecto gris rosáceo se alejaba navegando desde el oeste y, por delante de ellas, el graznido de los grajos que batían sus negras alas en su vuelo de regreso a sus nidos en los altos olmos. Unas escasas y cálidas gotas de lluvia cayeron, con un ligero golpeteo, sobre el seto del laurel, y una repentina ráfaga de viento sopló susurrante a través de sus hojas. Paisajes y sonidos, todos

ellos tan queridos y tan familiares, que le indicaron a Flora que se hallaba a salvo y en el interior de las fronteras que delimitaban su hogar. Sí, se hallaba en el mismo sendero de los tejos, con sus cuarenta árboles en total, ni uno más, y sin aquella puerta misteriosa que llevaba hacia un pasillo plagado de infortunios.

Se apresuró y entró corriendo. Sus padres, junto a Alfred, Susan y los cinco visitantes, estaban sentados alrededor de la mesa de té, y la niñera salía del salón visiblemente alterada.

Meneos meneó la cola, Torpón se acercó ronroneando, y el sonido de una risa le dio a Flora la bienvenida: «¿Sabes?, gritó George, «Has estado profundamente dormida todo este tiempo en el paseo de los tejos, y fue allí donde te encontré. Si no hubieras aparecido, la niñera habría ido a buscarte ahora mismo para que volvieras a casa».

Flora no dijo una sola palabra. Simplemente se sentó tal y como estaba, con el vestido y el pelo algo alborotados, y con una mirada consciente en la carita, que le daba un aspecto muy dulce y encantador. Antes de terminar el té, ella se había acurrucado cerca de Anne, y había

susurrado lo mucho que sentía haber estado de tan mal humor.

Y creo que, si llega a cumplir los nueve años y da otra fiesta, seguramente en esa ocasión intentará parecerse menos aún a la Reina del cumpleaños de su alterado sueño de lo que lo ya se le pareciera la Flora de ocho años, quien, teniendo a su alrededor buenos amigos y compañeros de juego y bonitos regalos, apenas supo cómo soportar unas cuantas contrariedades insignificantes o cómo ser amable y mostrarse de buen humor ante pequeños inconvenientes sin importancia.